

DaBAR



Ciclo
C

23 de diciembre de 2018
4° Domingo de Adviento

n° 5

Año XLV





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

Predisposición

En este mes de diciembre de escaparates luminosos y adornos de navidad por las calles, nos encontramos con que María tiene una buena noticia. Lleva dentro de sí la Buena Noticia que va a liberar a la Humanidad de la oscuridad en que vive.

No se entretiene en autocomplacerse. No pasa por su cabeza regalarse con pensar: "Yo,... ¡la persona más importante de la historia del hombre!". No busca una cadena de televisión para presentarse al Sálvame de entonces y darse a conocer: "Yo. ¡Yo soy la elegida!".

Al contrario; su primera decisión es pensar en la persona más cercana que necesita su ayuda: menuda la que se le viene encima a Isabel con el embarazo. ¡A sus años!

María deja a su esposo y las comodidades de la casa para ponerse en camino hacia la montaña. Al llegar, antes siquiera de que pueda ofrecer su ayuda, tan solo su salud ya tiene consecuencias: la casa se conmociona despertando a la alegría.

Yo, en cambio, ¿qué hago con mis buenas noticias?

Un buen día nos llega el reconocimiento: en forma de ascenso, de promoción profesional, de elogio, de enhorabuena por lo bien que hemos atendido a la familia es esa fabulosa cena de nochebuena,... De mil maneras.

Quizá ha sido el momento de relajarnos de nuestra rebeldía; del esfuerzo permanente de

oponernos a todo cuanto vaya en contra de nuestra voluntad.

Ese día abrimos los ojos y nos damos cuenta de tantas veces que hemos confundido la necesidad de afirmarnos con lo que no era mucho más que tentación de poder, de riquezas o de placer. ¿Era mi voluntad o mi interés?

Es el día que, de repente, no podemos avanzar en el Padre nuestro y nos descubrimos repitiendo: "Hágase tu voluntad,... TU voluntad..."

Por amor a mis hermanos he querido que seas Tú quien dirija mis pasos en el día a día para hacer el bien, para ayudar a corregir la deriva del mundo, para hacer crecer tu Reino en la tierra y en el Cielo. ¿Acaso puede ser otra Tu voluntad? Puede que me reconforte saber que hago lo que debo. Incluso que me llene de satisfacción. Y, sin embargo, ¿dónde está esa alegría espontánea que pone patas arriba hasta los cimientos de mi mundo?

Por complejos procesos de pensamiento y experiencia cada una de nosotras hemos llegado a la misma conclusión: confiar plenamente en Ti y andar nuestro camino en la vida según tus preceptos, pero yo, al menos, aún estoy muy lejos de aproximarme a la actitud de María y darme a servir por amor. Tan solo por Amor. Exclusivamente porque siento que Te amo.

Nos sabemos portadoras de la Palabra y



ansiamos transmitirla, pero a la sencillez y aceptación de María seguimos oponiendo las complicadas e intrincadas construcciones intelectuales donde hemos asentado nuestra fe. Quizá sea eso lo que nos separa de la alegría.

Puede ser un buen momento para dejar de pensar y analizar, de medir cuánto de bueno tienen nuestros actos, de agotarnos en reflexiones, de esforzarnos en no abandonar

el camino, y, tan solo vestidas de fe, abrir el corazón a la alegría de Tu Palabra.

En vísperas de celebrar la venida al mundo de la Luz que ha de ser la paz pido tan solo dejarme asombrar con el nacimiento de un Niño y contagiarme de la alegría de su Madre.

Concha Morata

concha@dabar.es



Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Después de tres domingos con la misma afirmación de una forma u otra: El Señor es justa; el Señor te considera su pueblo; el Señor está en medio de ti; el Señor te transformará, te guardará, te hará retornar... llega este sorprendente texto de Miqueas, cargado de ternura, de sencillez, de humildad, de nostalgia de un tiempo de pequeñez, rebaño del Señor, guiado por la mano del pastor, que hace reposar en paz a sus ovejas.

No es solamente el eco de los anuncios pasados, sobre la seguridad de que no están dejados de la mano de Dios', sino además, que esta mano es suave, lleno de luz maternal. Guarda este texto ecos de Isaías en la seguridad de que el Señor no permitirá la destrucción de Judá 'en tanto la doncella no dé a luz'. En este texto que proclama la fuerza, grandeza, y el nombre glorioso del Señor, se crea un marco nuevo al hablar de la sencillez de Belén, 'pequeña entre las ciudades de Judá'; al hablar de los tiempos de desierto, guiados por el cayado del pastor pacífico 'que será tu paz'.

No saben los autores dónde exactamente colocar este texto de Miqueas. Profeta que conteniendo voces fuertes y agresivas como los más 'concienciados' profetas del A.T. como Amós (pastor él mismo), Oseas, Isaías) en sus denuncias de los pecados del pueblo, señalan la maldición sobre las ciudades pecadoras, o la desgracia de un pueblo elegido que se engolfa en sus orígenes, pero olvida sus responsabilidades.



Habla aquí del origen 'inmemorial' de la casa de David, pero a la vez la humildad de su cuna; proclama el retorno del pueblo disperso, pero con la tranquilidad del rebaño que avanza por el desierto y sus escasos pastos. No necesitará arrasar a sus enemigos, ni pasar sobre ellos para asegurar a su pueblo que gozará de paz.

Qué bien ha venido este texto a los escritores del nuevo testamento, concretamente a los evangelistas para introducirnos en un modo de presentar al mensajero de Dios, Jesús de Nazaret como paradigma definitivo del proceder de Dios. Toda su vida 'pública' tendrá que enfrentarse Jesús a la terquedad de sus discípulos, negados a admitir que el mensaje central de Jesús era el camino de la cruz, de la humillación, de lo pequeño como única vía de salvación para la humanidad. Que nadie es más grande que cuando sirve.

Tomás Ramírez

tomas@dabar.es

Segunda Lectura

Los primeros versículos del capítulo 10 (10,1-18) vienen a ser una recapitulación de lo anterior: la superioridad del sacrificio de Cristo sobre los sacrificios levíticos. La ley mandaba repetir los sacrificios una y otra vez, por lo que daba testimonio de su ineficacia. Cristo, con su sacrificio, único y válido para siempre, nos purifica interiormente.

Cristo es causa de nuestra salvación, por lo que se quiere señalar la superioridad del sacrificio de Cristo. El autor, en pocas líneas, vuelve a mencionar la ineficacia de los sacrificios levíticos, que van a ser reemplazados por el sacrificio único de Cristo. A todos estos sacrificios imperfectos los sustituye el sacrificio de Cristo. De este sacrificio habla el autor directamente y a él se refiere con el Sal 40.7-9 (vv. 5-7), haciendo la exégesis en los vv. 8-10.

Aquí se atribuyen las palabras del salmo a la encarnación del Hijo. La cita está tomada básicamente de los LXX, que dice: "me has formado un cuerpo". El salmo se puede leer como que Dios prefiere la obediencia al sacrificio, quedando el sacrificio en inferioridad frente a la obediencia. Y la obediencia de Jesús se expresó en cumplir la voluntad del Padre, ofreciéndose a sí mismo voluntariamente, tal como dice el salmo. Estas palabras adquieren un valor más absoluto en los versículos que siguen, donde ya se rechazan los sacrificios antiguos y son sustituidos por el único sacrificio de Cristo (vv. 5-7).

Se dice en el v. 8: "No has querido ni te agradan los sacrificios, ofrendas, holocaustos ni víctimas...". Posiblemente quiera designar el sacrificio que abarcaba cuatro tipos: de comunión, ofrendas de cereales, holocaustos y sacrificios por el pecado. Aquí dice que se ofrecen según la Ley, lo que da pie para afirmar en el versículo siguiente que la Ley ha sido anulada en este aspecto. Que Dios prefiera la obediencia al sacrificio se interpreta como rechazo de los sacrificios del Antiguo Testamento, sustituyéndose por la entrega voluntaria de Jesús (v. 9). Cristo ha dado cumplimiento a la voluntad de Dios ofreciendo su cuerpo, a través de la muerte, a Dios. Esta ofrenda del cuerpo de Cristo es igual al derramamiento de sangre (vv. 8-10).

Los siguientes versículos, no leídos hoy, siguen insistiendo en la excelencia del sacrificio de Cristo. Se vuelve a recordar, nuevamente, que el sacrificio de Cristo, a diferencia de los sacrificios levíticos, es de una vez para siempre y no se vuelve a repetir. Nos ha purificado a todos y se nos han perdonado los pecados (se cita el texto de Jer 31,33-34 que habla de que Dios no se acordará más de nuestros pecados). El v. 18 es el que acaba con un colofón todo el razonamiento de los versículos anteriores que hemos comentado: "Donde los pecados han sido perdonados, ya no hay necesidad de oblación por el pecado".

Rafa Fleta

rafa@dabar.es



Evangelio

1. Aclaración de términos

A voz en grito. Expresión testimonial de un estado de fuerte conmoción.

Madre de mi Señor. Dirigiéndose a María como “madre de mi Señor”, Isabel está reconociendo el origen divino del niño que María lleva en su seno.

Traducción preferible de las palabras finales de Isabel: ¡Bienaventurada tú, por haber creído que se cumpliría lo que te fue dicho de parte del Señor!

2. Texto

“En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su seno y se llenó de Espíritu Santo”. Nótese bien la secuencia de hechos: el saludo de María está en el origen del salto de la criatura en el vientre de Isabel y de la presencia del Espíritu Santo en la propia Isabel.

Una secuencia así va más allá de lo puramente familiar. La presencia de María genera una realidad nueva en el niño Juan y en su madre Isabel. La intérprete de esa realidad nueva es Isabel gracias al Espíritu Santo, que habla por medio de Isabel. Isabel es una profetisa, intérprete de los hechos desde Dios.

Los movimientos del feto que lleva en su seno, Isabel los califica de “saltos de alegría”. La alegría del tiempo mesiánico.

Isabel, a su vez, interpreta la visita de María como una distinción inmerecida. ¿Por qué inmerecida? Porque el “Señor” de Isabel estaba en el seno de María.

Isabel declara bienaventurada a María por haber escogido el camino correcto en su vida, el camino de la fe en Dios. María se había fiado total y absolutamente de Dios. Una fe, gracias a la cual, el Señor estaba ahora en el seno de María.

3. Reflexiones

Isabel: una mujer con la que identificarnos. Ella, que experimenta en carne propia las obras de Dios, se convierte en profetisa. Coloca su propia persona en último lugar y la subordina completamente a la sabia voluntad de Dios. Reconoce y proclama la actuación de Dios en María, descubriéndonos la alegría de la salvación que trae el hijo de María.

Isabel, una mujer para la esperanza; testigo de una vida nueva, transformada por el Espíritu de Dios.

Alberto Benito

alberto@dabar.es



Notas para la Homilía

Presencia

Con el relato de hoy, Lucas busca manifestar los efectos de la encarnación. Por eso la escena debe verse en continuidad con la del anuncio del nacimiento de Jesús. Tenemos así, que todo habla de la presencia de Dios, que todo resume paz y justicia. Comienzan los tiempos mesiánicos. Por eso el júbilo y el danzar que el propio Espíritu teje en los cuerpos de estas mujeres: la una expresión del Israel fiel, la otra del judaísmo oficial. Ambas servidoras del Misterio.

Pero más allá del contexto, el propio encuentro de María e Isabel y la intencionalidad de Lucas, sobresale lo que sin duda es uno de los rasgos característicos de la fe en el Dios encarnado: 'saber acudir junto a quien está necesitado de compañía y ayuda'. Hablamos de lo que fácilmente vemos en la joven de Nazaret, quien tras acoger las palabras del ángel y decir sí a la promesa divina, se dirige toda diligente hacia quien la necesita.

La llamada ética es evidente. Creer en un Dios que ha querido compartir nuestras indigencias, que vive y camina junto a nosotros, difícilmente encaja con ese sin fin de falsas justificaciones que con frecuencia hace que nos encerremos en nuestros pequeños mundos. Una advertencia casi de Perogrullo: fe y servicio son inseparables. Sin embargo, tanto en lo humano como en lo espiritual, nos hemos dado unas formas de obrar y servir que para nada se nutren de la experiencia que María e Isabel protagonizan. ¿Qué hemos hecho entonces?

Hoy son pocos los que ponen en duda que hemos consolidado una sociedad cuyas referencias son los fuertes, los agraciados, los triunfadores. Por eso procuramos rodearnos de todo lo que no ponga en peligro nuestro bienestar y satisfacción, e incluso de hacer y hacer para lograr aparecer... llegando así al límite de la autoexplotación frustrante... Aún sabiendo que nos hemos dado una

vida invivible, seguimos insistiendo para no quedar al margen de la misma. Un absurdo de calado el de nuestro poshumanismo, pero un absurdo del cual la fe no suele saber escapar.

¿Y por qué decimos esto? Pues porque no siempre las obras y el servicio vinculado a dicha fe, se han nutrido de la misma. Podemos hacer muchas cosas por y en nombre de Dios, sin embargo, en ello podemos prescindir perfectamente de Él. Es decir que así como no cualquier obrar nos humaniza, tal como aludíamos antes, tampoco nos hace testigos del Dios encarnado un obrar donde decididamente la fe es solo nominal, una producción mental alejada de lo integralmente experiencial.

En efecto, solo la fe en tanto relación afectiva con Dios, fe llamada a interpelarnos y tomarnos por dentro para hacernos nacer de nuevo, es la única capaz de hacernos obrar y servir en la perspectiva del Evangelio.

Frente al fracaso de tantas obras humanas, pero también ante las falsas obras de la fe, a veces pretenciosas como catedrales, lo humano y lo espiritual necesitan recuperar el secreto que anida en la fe servicial de María, y que así mismo habita en todo encuentro interhumano que no busca cosificar o instrumentalizar, sino cuidar y promover. Ese secreto común se llama amor. Amor capaz de acompañar a vivir la vida, especialmente la de aquellos que ya no saben cómo.

Que María ensanche nuestras conciencia y libertad para decirle verdaderamente que sí a Dios, y dese ese sí, como ella, ponernos en camino.

Sergio Perez

sergio@dabar.es



“¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?”
(Lc 1,43)



Para reflexionar

Todos nos hemos sentido así, indignos. Todo el relato de hoy nos habla de sencillez, de cotidianidad. Y es ahí donde debemos encontrar nuestra relación con Dios, en lo cotidiano.

Jaculatorias, oraciones breves, letanías... no son más que la forma que tradicionalmente hemos tenido de mantener, de forma cotidiana, una relación con Dios, de tenerlo presente a cualquier hora del día, en cualquier circunstancia. Hoy nos pueden parecer obsoletas pero, si las sustituimos, que sea por hacer de nuestra vida una oración continua.

¿Cómo es mi vida de oración? ¿Cómo me siento ante la cercanía de la venida de Cristo? ¿Cómo revivo la Navidad?



Este pan y vino que te presentamos hoy son la ofrenda de nuestra sencillez y humildad. Transfórmalos junto con nuestras vidas para que se conviertan en semilla de tu amor y unidad.

Siempre, en todo momento y en cada lugar hay que darte gracias por todo lo que recibimos de tu mano generosa pero, especialmente, tenemos que agradecerte el que nos hayas enviado a tu Hijo, Jesucristo, en Él has querido dignificar al género humano, haciéndonos hermanos suyos e hijos tuyos. En Él, hemos encontrado la salvación gratuita que sólo puede ser fruto del amor y la autodonación. Y, junto a Él nos has conferido el Espíritu Santo para que nunca nos sintamos desvalidos. Él, siguiendo el ejemplo de su Madre, nos ha enseñado a estar siempre dispuestos a ayudar a cuantos nos necesiten. Por eso con todos los ángeles y los santos que están contigo en el cielo te cantamos...



Para la oración

Padre bueno, que has querido encarnarte para compartir nuestras experiencias, concédenos poder vivir esta Navidad con el mismo espíritu de sencillez con el que la vivió Isabel para que podamos compartir con María el gozo de sentir al Salvador dentro de nosotros. PJNS.



Este alimento bajado del cielo nos permite gozar de la dicha de sentirte dentro de nosotros; concédenos, Padre amoroso, que podamos estar siempre dispuestos como María para ayudar a cuantos nos necesitan, y no permitas que caigamos en el consumismo de estos días. PJNS.

Cantos

Entrada: Ven, ven, Señor, no tardes; Esperamos tu venida (1CLN-19); El canto propuesto por el Episcopado.

Acto penitencial: de Aragüés.

Salmo: LdS.

Aleluya: Gloria, gloria, aleluya.

Ofertorio: Rorate; La Virgen sueña caminos.

Santo: (1CLN-I 3)

Comunión: Levántate, que está llegando el Señor de Gabaráin; Señor, ven a nuestras almas de G. Arrondo (CB-176)

Final: Llega el día del disco "Preparad los caminos".

La misa de hoy

Monición de entrada

Mañana por la noche nos volveremos a juntar aquí para celebrar el nacimiento de Jesús. Estamos en la recta final de este tiempo de preparación para revivir, un año más su venida. Como lo hicieron Isabel y Juan desde su vientre, hace más de dos mil años, esperamos que venga a nosotros el Señor. Sed, pues, bienvenidos a esta celebración que queremos que sea la auténtica forma de sentir la llegada de Jesús a nuestros corazones, lejos de cualquier egoísmo y consumismo.

Saludo

Dios, Padre, que se encarna cada día en nuestros corazones; Dios, Hijo, que nace para compartir nuestro destino; y Dios, Espíritu Santo, que nos ayuda a vivir con auténtico sentido estas fiestas, estén con todos nosotros.

Acto Penitencial

Cristo se ha encarnado para compartir nuestra condición humana y entender nuestras debilidades y fallos pero nuestro deseo de cambiar debe ser constante, por eso, le pedimos que perdone nuestros pecados.

- Tú que sales a nuestro encuentro en la Historia y en la historia de cada uno de nosotros. Señor, ten piedad.

- Tú que quieres te abajas para elevarnos. Cristo, ten piedad.

- Tú que transformas nuestras vidas cada vez que te dejamos el más mínimo resquicio. Señor, ten piedad.

Dios que se ha encarnado para salvarnos, que nace para acercarnos a Él, nos perdona nuestros pecados y nos permita gozar de su presencia en nuestras vidas. PJNS.



Monición a la Primera lectura

El profeta Miqueas vive un tiempo de prosperidad que no se refleja en la vida del pueblo, reconoce la injusticia que se está produciendo y la denuncia profetizando la llegada de un salvador que los liberará de los abusos que sufre el pueblo. Él será el guía que haga volver a los que han tenido que emigrar y cuidará que puedan vivir con paz y dignidad.

Salmo Responsorial (Is, 12)

Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Pastor de Israel, escucha, tú que te sientas sobre querubines, resplandece. Despierta tu poder y ven a salvarnos.

Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Dios de los ejércitos, vuélvete: mira desde el cielo, fijate, ven a visitar tu viña, la cepa que tu diestra plantó, y que tú hiciste vigorosa.

Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que tú fortaleciste, no nos alejaremos de ti: danos vida, para que invoquemos tu nombre.

Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Monición a la Segunda Lectura

Hebreos es un estudio del carácter sacerdotal de Cristo. Él ha asumido nuestra naturaleza humana y será ofrecido sacrificialmente para la remisión de nuestros pecados y nuestra salvación, cumpliendo un plan divino.

Monición a la Lectura Evangélica

La visita de María a Isabel supone la puesta disposición de los que nos rodean. Juan, el precursor de Jesús también se alegra con su visita. En María Dios está cumpliendo las promesas que había hecho al Pueblo de Israel.

Oración de los fieles

El Dios de bondad nos colma de cuanto necesitamos y confiando en su entrega hacia nosotros le pedimos.

- Por la Iglesia, para que la venida en carne de Jesucristo nos ayude a reconocer su presencia en medio de nosotros entre los más débiles. Roguemos al Señor.

- Por quienes, como María, siempre están dispuestos a ponerse en camino para ayudar y compartir con los demás, para que se sientan queridos por Dios y recompensados en sus esfuerzos. Roguemos al Señor.

- Por quienes, en estos días, están sufriendo la guerra, la violencia, el desamor... para que la llegada del Señor sea motivo de esperanza y consuelo. Roguemos al Señor.

- Por las madres que esperan como María el nacimiento de sus hijos, para que gocen de unos hijos sanos y dóciles. Roguemos al Señor.

- Por nosotros, para que el próximo nacimiento de Cristo sea para nosotros alimento para nuestra confianza en el cumplimiento de las promesas divinas. Roguemos al Señor.

Escucha, Padre bueno, nuestra súplica y todas las que han quedado en nuestros corazones, y haz que al recibir a tu Hijo podamos vivir en este mundo tu Reinado de amor, justicia y paz. PJNS..

Despedida

La Madre del Señor viene a nosotros y nos invita a compartir con ella la alegría del nacimiento de su Hijo, la de darnos a los que nos necesitan y la de aceptar la voluntad de Dios para con nosotros. Mañana os esperamos por la noche para celebrar la Navidad. Vayamos en paz.





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

4º Domingo de Adviento, 23 diciembre 2018, Año XLV, Ciclo C

MIQUEAS 5, 14a

Así dice el Señor: «Pero tú, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel. Su origen es desde lo antiguo, de tiempo inmemorial. Los entrega hasta el tiempo en que la madre dé a luz, y el resto de sus hermanos retornará a los hijos de Israel. En pie, pastoreará con la fuerza del Señor, por el nombre glorioso del Señor, su Dios. Habitarán tranquilos, porque se mostrará grande hasta los confines de la tierra, y éste será nuestra paz».

HEBREOS 10, 510

Hermanos: Cuando Cristo entró en el mundo dijo: «Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: "Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad"». Primero dice: «No quieres ni aceptas sacrificios ni ofrendas, holocaustos ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la Ley. Después añade: «Aquí estoy yo para hacer tu voluntad». Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación de cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

LUCAS 1, 3945

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá».

